

## COLONIALISMO E IMPERIALISMO INTELECTUAL

Por:

Lidio M. Valdez,

MacEwan University – Canadá

Ponencia preparada para el Simposio:

Arqueologías del Colonialismo y el Contacto Cultural.

V Reunión de Teoría Arqueológica en América del Sur

Caracas 21 al 25 de junio, 2010.

*La colonización de Sudamérica trajo consigo cambios negativos para los pueblos conquistados, quienes no sólo fueron negados de sus derechos y costumbres ancestrales, sino también fueron forzados a trabajar para los colonizadores. A su vez, mientras las arcas del oeste se enriquecían, los recursos de varias índoles fueron extraídas en beneficio de los invasores. Esta rapiña descontrolada de Sudamérica no terminó con la siempre glorificada ‘independencia.’ Los recursos naturales y el trabajo de los descendientes de quienes fueron colonizados siguen siendo explotados por el neo-colonialismo, favorecidos por el neo-liberalismo. La arqueología no es ajena a dicha rapiña. El desbalance creado por la colonización también resultó en el saqueo de ruinas arqueológicas, donde bajo el pretexto de ‘investigación científica’ se han extraído incontables piezas culturales que en la actualidad enriquecen colecciones particulares y museos de los países industrializados. Del mismo modo, las llamadas ‘comunidades científicas’ conformadas por los descendientes de los colonizadores continúan con su laboriosa tarea de extraer el conocimiento indígena, estableciendo de esta manera un imperialismo intelectual. La arqueología, una vez en manos de los descendientes de quienes fueron colonizados, tiene no sólo el potencial, sino la obligación de proveer de una antigua historia que tenga significado social para los pueblos indígenas. De lo contrario, la arqueología continuará interpretando el pasado de nuestros pueblos con ojos ajenos y mentalidades foráneas, y como tal la arqueología seguirá siendo un instrumento que perpetúe la supuesta existencia de una prehistoria, en lugar de una historia, y pueblos bárbaros y salvajes, en lugar de civilizaciones dignas de comparar con cualquier otro desarrollo ocurrido en otras regiones.*

La colonización de Sudamérica – y por extensión de las Américas – trajo consigo una profunda transformación del modo de vida de todos los pueblos que hasta entonces florecieron en estas tierras. No obstante que para muchos la colonización es un tema del pasado y que los pueblos de hoy no tienen por qué revisitar dichos capítulos oscuros de la historia de nuestros pueblos, considero que este es un tema sobre el que necesitamos reflexionar. Su aspecto crítico se hace evidente en el mismo hecho que este simposio está dedicado precisamente a tratar los efectos del colonialismo. Además, reuniones como esta nos permite dedicar algunos minutos de nuestras vidas a los millones de vidas humanas que padecieran como consecuencia del colonialismo. El exterminio de muchos pueblos desde Alaska hasta Patagonia no tiene precedentes en la historia de las Américas en general. Dicha pérdida de tantas vidas humanas fragmentó las unidades étnicas y culturales que se habían establecido a lo largo de muchos milenios, resultando a su vez en la pérdida irreparable del conocimiento.

Aquí mi interés es discutir algunos aspectos que considero es parte del colonialismo, pero de un colonialismo que con el transcurso de los tiempos también supo modificarse. No obstante que los escasos recursos de nuestros pueblos continúan siendo saqueadas por las multinacionales, el colonialismo también ha adoptado otros apelativos como: pos-colonialismo, capitalismo, imperialismo y hoy la globalización. Esto demuestra que el colonialismo se mantiene vigente y tal vez más sofisticado que antes. En la actualidad las manos del colonialismo no se dirigen sólo a los recursos naturales como cuando, por ejemplo, se extrajo la plata de Potosí. En nuestros días, el colonialismo, bajo sus diversas coberturas, apunta a todo y esto incluye lo último que los pueblos indígenas aún tenían bajo su control – me refiero al conocimiento indígena.

Un aspecto central de la filosofía del colonialismo fue percibir que el mundo era un mercado y donde todo, absolutamente todo, tenía precio y como tal podía ser vendido. Era sólo cuestión de poner una etiqueta con el precio. Esto incluyó a los recursos naturales (oro, plata, diamantes), la misma tierra (encomiendas), los mismos seres humanos (los esclavos de África), sexo (prostitutas) y las ideas.

Dicha filosofía fue acompañada con la conveniente fabricación del ‘Otro,’ a menudo identificado como ‘salvaje,’ ‘inferior,’ ‘primitivo.’ En contraste, el ‘civilizado’ se reconoció asimismo como más avanzado y superior en todo sentido. Por ejemplo, el ‘civilizado’ – y sólo él – podía explorar y sobre todo descubrir. De este modo, adjudicándose la superioridad y convencidos que era obligación de ellos descubrir iniciaron todo un proceso que en nuestros días continúa. Sin embargo, es preciso subrayar que desde la perspectiva indígena, ‘descubrimiento’ siempre implicó – y continúa implicando – expropiación, en tanto que quien ‘descubre’ se autoproclama dueño de lo ‘descubierto.’ Como ejemplo, tenemos las Américas que pasaron a ser propiedades de los descubridores, los colonizadores. Por cuanto ellos podían ‘descubrir’ absolutamente todo, el conocimiento indígena no estaba lejos del alcance de sus brazos largos. En consecuencia, hoy asistimos a todo un periodo donde se vienen ‘descubriendo ideas,’ ideas indígenas. En la opinión de la indígena Maori Linda Tuhiwai, los ‘expertos entran a las comunidades equipados con armas de buenas intenciones en sus bolsillos de adelante, mientras llevan ocultos en sus bolsillos traseros armas para patentizar ideas ajenas’ (Smith 2006:24).

El concepto de ‘descubrir ideas’ no es del todo nuevo. Los primeros ‘exploradores,’ incluido quienes llevaron la voz del Cristianismo a los ‘salvajes,’ fueron los precursores de este

proceso. Cuando figuras como Henry Morgan y Eduard Tylor empezaron a exponer la visión del Oeste de cómo evoluciona la humanidad, ya se había acumulado una cuantiosa información proveniente precisamente de las colonias. Fue entonces que los ‘civilizados’ maduraron la idea de que las culturas ‘primitivas’ podían ser útiles para comprender las formas más simples de organización social. En esto, la tarea de los civilizados vendría a ser, por supuesto, recuperar los conocimientos, organizarlos y por último distribuirlos, manteniendo desde luego sus derechos. El concepto de ‘Derechos Reservados’ había nacido y con esto también el imperialismo intelectual.

Este proceso de ‘descubrir’ y expropiar el conocimiento indígena se fortaleció aún más con el deseo que anticipó la desaparición total de las culturas indígenas frente al inevitable avance de la ‘civilización.’ Efectivamente, miles de vidas humanas padecieron como resultado de las enfermedades introducidas por los civilizados; sin embargo, la muerte de los ‘salvajes’ no tenía importancia alguna. Más bien, la preocupación se orientó a rescatar el conocimiento, que de lo contrario estaba destinado a decaer y finalmente a desaparecer. Dentro del pensamiento mercantilista de los colonizadores y posteriormente de los abanderados del pos-colonialismo, esto hubiera constituido una lamentable pérdida. De esta manera se dio inicio con el ‘rescate’ del conocimiento indígena que en medios especializados es identificado como ‘investigación científica.’

Quienes asumen que ‘descubrir’ y/o ‘rescatar’ conocimientos es tarea de ellos, también consideran que ellos pueden ser ‘objetivos’ (Deloria 2004:18), mientras que nosotros, al parecer condicionados por nuestras raíces indígenas, no podemos. Por lo tanto, sólo ellos pueden descubrir los conocimientos. Es importante recordar, sin embargo, que entre los mismos ‘científicos’ existe un desacuerdo acerca de la objetividad de sus propias observaciones. Muchos

incluso dudan que tal ansiada objetividad sobre la que está basada la ciencia del Oeste no es obtenible (Origins of War).

De este modo se pretende establecer una forma de control y monopolio sobre algo que se asume es objeto de estudio de los descendientes de los colonizadores. Pretextos de esta naturaleza no sólo han limitado la participación a los descendientes de los pueblos indígenas en proyectos de esta índole, sino también haber resultado en el saqueo indiscriminado de los restos materiales de las culturales indígenas, que en la actualidad se encuentran dispersos por todo el mundo.

Del mismo modo, desde que nuestros pueblos se han vuelto en objetos de investigación, innumerables comunidades han pasado bajo la lupa de análisis del ‘científico.’ El volumen de información extraída a lo largo de los tiempos es enorme y sólo puede ser evaluado en la cantidad de textos de todo orden que llenan las bibliotecas de los países capitalistas. Mientras se da una fuga masiva del conocimiento indígena para el beneficio de otros, las comunidades estudiadas y quienes proveyeron de la preciada información siguen viviendo en la extrema pobreza. En la opinión de Linda Tuhiwai (2006:89), este proceso de negociar al ‘Otro’ es una industria vasta, basada en la posición superior y ventajas ganadas bajo el imperialismo.

Uno se pregunta, de qué sirven investigaciones de este orden que sólo benefician a los de afuera, mientras rara vez o nunca a quienes la produjeron y cultivaron dicho conocimiento. Mientras la investigación permite a los abanderados del pos-colonialismo asegurar sus puestos de trabajo y elevar sus rangos en sus respectivas instituciones, dicho proceso nunca ha sido en beneficio de los pueblos indígenas, propietarios del conocimiento. Por su puesto, todo esto está

perfectamente acondicionado por el pensamiento del Oeste, donde todo producto transferible pierde cualquiera preocupación para con los pueblos que lo cultivaron.

Es más, el conocimiento, una vez extraído y publicado por el investigador se convierte en propiedad del investigador. Esto implica que cada vez que mencionemos una idea extraída ilegalmente de sus auténticos propietarios, uno está en la obligación de citar el nombre de dicho investigador como si éste lo haya inventado. Ahí tenemos la famosa idea de ‘derechos reservados’ del autor (Smith 2006:82), y aquel que no cumpla con esto, no obstante que el conocimiento haya sido originado por sus antecesores, corre el riesgo de ser acusado de cometer ‘plagio.’ Mientras de esta manera el conocimiento es expropiado ilegalmente, sus autóctonos cultivadores son relegados al anonimato. El proceso por supuesto está acondicionado por la mentalidad del Oeste que considera la extracción del conocimiento como una tarea legítima.

La arqueología, como una disciplina que estudia el pasado, tiene un rol muy importante que cumplir modificando muchas de las terminologías, categorías y sobre todo las preconcepciones que fueron introducidas hace buen tiempo atrás y que con el transcurso de los años se han enraizado. Dichas preconcepciones llevan consigo mensajes a menudo negativos hacia las culturas indígenas y han sido producidas de la manera más conveniente posible que sólo va en beneficio de los abanderados del pos-colonialismo. Así, nuestro pasado es interpretado no sólo por gente que nunca vivieron nuestras realidades, sino también por gente que no tienen ningún interés en nuestro presente y mucho menos en nuestro futuro. Además, nuestro pasado es ‘investigado’ por otros como si nosotros fuéramos incapaces de reconstruir nuestro propio pasado. Finalmente, nuestro pasado es escrito por otros como si nosotros no fuéramos capaces de escribir nuestra propia versión.

La arqueología tiene que ser, o debe ser, un instrumento que permita rescatar los valores culturales de los pueblos cuyos pasados venimos estudiando. La arqueología tiene que ser un mecanismo que incentive la autoestima de nuestras raíces y nuestras identidades. Sin embargo, para lograr objetivos como estos, la arqueología tiene que sacudirse de los marcos teóricos ajenos a nuestra realidad y extraños a nuestros quehaceres. A su vez, la arqueología debe ser un fórum desde donde nosotros podamos empezar a relatar las historias de nuestros pueblos, historias que son nuestras historias, y no una prehistoria como otros lo han venido pintando. Ha pasado demasiado tiempo y es oportuno que nosotros empecemos a escribir nuestras propias versiones de historia, versiones que sean útiles para nuestros propios propósitos y los propósitos de nuestros pueblos.

La arqueología, en lugar de rescatar los valores culturales de los pueblos indígenas, se efectúa, en su gran mayoría, sólo para satisfacer curiosidades personales y/o verificar modelos científicos. La investigación arqueológica a menudo se efectúa a espaldas de los pueblos que son descendientes directos de las culturas que los especialistas estudian, y los resultados rara vez compartidos con ellos. En su lugar, los especialistas producen interpretaciones antojadizas, pero por haber sido declaradas por los ‘científicos objetivos’ son fácilmente aceptados. De este modo, dicha reconstrucción es identificado con elegancia como **prehistoria**. Con la utilización de categorías negativas se pretende mantener la imagen que si no fueran por los colonizadores hoy en día seguiríamos siendo prehistóricos. Es más, quienes ven nuestra antigua historia como prehistoria, a menudo recurren a la evidencia arqueológica para producir interpretaciones antojadizas, y cuyo objetivo es sólo mantener la perspectiva dominante que precisamente glorifica a los estados colonizadores.

Esta forma de reconstruir nuestro pasado no tiene otro propósito que denigrar nuestras raíces y nuestros valores culturales. Sobre todo, dichas reconstrucciones no tienen ningún beneficio para nuestros pueblos y validez alguna para iniciar un proceso de descolonización. Descolonización implica sacudirse de conceptos negativos, muchas veces racistas y que a menudo glorifica el patriarcado. Quienes nos identificamos con los descendientes de las culturas que estudiamos tenemos la obligación moral y ética de hacer de la arqueología una disciplina que tenga relevancia para los pueblos indígenas. Nos guste o no, es preciso aceptar que cada ruina arqueológica encierra en sus contextos información válida para reconstruir la antigua historia de nuestros antepasados. Debemos también dejar en claro que todo conocimiento que se rescata de una ruina arqueológica es conocimiento indígena y como tal pertenece a los pueblos indígenas. No es un conocimiento que de repente pertenece al ‘investigador objetivo.’

La investigación arqueología también tiene que iniciar a hacer de los descendientes de las antiguas culturas partícipes del proceso de investigación. Para ello, es necesario definir interrogantes como: quién hará la investigación? Para qué se hará la investigación? Quién interpretará los resultados? Cómo se distribuirán los resultados de la investigación? Y, lo más importante, a quién beneficiará aquella investigación? La ciencia, por más científica que sea, no puede continuar con el saqueo indiscriminado del conocimiento indígena. Los pueblos indígenas existen, están vivos, y por lo tanto mantienen sus derechos sobre sus conocimientos. El conocimiento indígena ha sido desarrollado por generaciones y existe precisamente para garantizar la existencia de sus creadores. Dicho conocimiento no puede ser expropiado como una mercancía, y no está disperso para ser simplemente extraído y proclamado como suyo por alguien que ni siquiera tiene vínculo con quienes lo produjeron.



Para concluir, así como muchos pueblos indígenas vienen efectuando, se hace necesario iniciar el proyecto de descolonización de nuestros pueblos. Conceptos y categorías que se siguen utilizando en nuestros discursos necesitan ser revisitados, evaluados y ser analizados desde una perspectiva crítica. Por último, la arqueología tiene que tener relevancia social para todos quienes se declaren ser descendientes de las culturas que estudiamos. Este es un paso decisivo para construir una antigua historia indígena y la ansiada arqueología indígena.